



El Arkangel

EL
ARKANGEL
DEL CORAZÓN
SOLITARIO

Daniel Cazorla



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: julio 2026

Depósito legal: SE 3100-2026

ISBN: 979-13-7060-580-3

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Daniel Cazorla

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Índice

Introducción	9
CAPÍTULO 1	
El conocer del Arkángel.....	11
CAPÍTULO 2	
El origen del dolor (qué lo llevó ahí).....	33
CAPÍTULO 3	
Cartas al amor y a la amistad	75
CAPÍTULO 4	
La resaca del alma.....	127
CAPÍTULO 5	
El intento (Aprender a no repetir)	155
CAPÍTULO 6	
Entre el abismo y la voluntad	197
CAPÍTULO 7	
La fatiga de existir	223
CAPÍTULO 8	
La despedida final de este Arkángel del corazón solitario.....	241
Posdata: Cartas al amor que no fue.....	255
Agradecimientos.....	267

Introducción

Antes de que empieces este libro, solo quiero pedirte una cosa: léelo con calma, con empatía y con respeto. No porque sea perfecto, ni porque pretenda ser una obra impecable, sino porque detrás de cada página hay algo mucho más real que simples palabras.

Hay esfuerzo.

Hay noches sin dormir.

Hay pensamientos que dolían demasiado como para guardarlos dentro.

Y, sobre todo... hay miles de lágrimas.

Este libro no nace desde la comodidad, sino desde la necesidad. La necesidad de escribir para no romperse del todo. De convertir emociones, pérdidas, errores y cicatrices en algo que al menos pudiera ser comprendido por alguien más. Quizá no encuentres respuestas aquí, pero sí verdad. Mi verdad.

Espero de corazón que quien lo lea pueda conectar aunque sea con una pequeña parte de todo lo que hay escrito entre líneas. Porque este libro no busca impresionar; busca sentir. Busca demostrar que incluso las personas más rotas siguen teniendo algo que decir.

También quiero dejar claro que esta historia, de una forma u otra, va dedicada a personas que marcaron profundamente mi vida.

Este libro es para:

R.L.O

A.C.L

D.C.C

y, sobre todo...

D.R.F

Gracias por existir dentro de esta historia, aunque fuese de maneras distintas.

Y a ti, lector o lectora...

gracias por atreverte a entrar en la mente de un arkángel.

CAPÍTULO 1

El conocer del Arkángel

El mundo en ocasiones es una gran encrucijada de hilos desteñidos y telares en reconstrucción, básicamente y sin metáforas el mundo es perfectamente imperfecto.

El ser humano, según un psicólogo llamado Paul Ekman, tiene seis emociones universales (*alegría, tristeza, miedo, ira, asco, sorpresa*). Estas se consideran innatas y reconocibles en todas las culturas.

En cambio, según otro gran pensador de la mente llamado Robert Plutchik, propuso ocho emociones básicas, añadiendo: confianza y anticipación.

Además, combinando emociones surgen muchas más (amor, culpa, orgullo, etcétera).

Entonces... ¿cuántas hay realmente?

Según datos verídicos, básicas: 6-8.

Emociones complejas: decenas o incluso más de cien si contamos matices (como nostalgia, celos, alivio...).

Un buen y adecuado resumen sería que el ser humano no tiene un número fijo de emociones, pero sí un núcleo pequeño del que nacen todas las demás.

Yo sinceramente, a mis veinte primaveras, lo veo distinto. Yo veo las emociones, o al menos las mías, como yo mismo me veo, como un arkángel de corazón solitario.

Os explico el porqué de cada cosa de mi propio título novelístico: «arKángel» como metáfora emocional, representar al ser humano dividido entre fuerzas opuestas: **Luz** (emociones «positivas»), amor, alegría, esperanza, confianza.

Oscuridad (emociones «difíciles»), miedo, tristeza, ira, soledad.

Esto a su vez, y sin ser yo una eminencia en el campo, conecta directamente con el modelo de Robert Plutchik, donde las emociones funcionan en pares opuestos.

Ahora vayamos a la parte del «corazón solitario». Aquí está lo interesante: la soledad no es solo tristeza. Estar solo a veces y simplemente porque nadie entiende tu lucha interna.

O porque siente demasiado o inclusive porque está dividido entre dos caminos y no pertenece a ninguno.

Entonces el «arkángel» no es un ser celestial literal, sino una persona que lucha constantemente entre lo que siente y lo que decide ser, y la «K» es simplemente para separarlo de nuestra señorita la iglesia.

Porque os lo cuento, simplemente para demostraros que no os engaño, que este personaje es tan real como la propia vida y que incluso que más que un personaje es alguien que «No era un ángel ni un demonio... era un corazón aprendiendo a sobrevivir entre ambos».

Porque casi nunca nada, como diría mi madre, es ni blanco ni negro.

Cada uno, cada persona ya entiende de su cielo y de su infierno, ya contempla sus propios halagos celestinos y sus propias

condenas infernales, nadie se tendría que hallarse en situación de creer poder intervenir en la propia elección y pensamiento.

¿Qué es la soledad sin dolor? Quizá es como un helado sin el propio frío de su estado natural, una incongruencia en sí misma.

El dolor y la soledad es como los bares y la cerveza, el vino y el queso, o la fruta y el frescor, palabras y gustos que en el sentimiento comparten sinónimos.

Y todo esto os lo dice alguien que es solo un simple y puto arcángel que acaba de cumplir años y que está depresivo a niveles extremos, tanto que si no lo retuvieran sus seres queridos y su sobrepensamiento extremo, ya me habría quitado del medio tranquilos.

Yo no estoy para edulcorar nada, ni tan siquiera para ver el mundo mejor, sino para hacer una bohemia de mi realidad y otra de esta nuestra sociedad.

Total, qué más da, acabaré yendo al infierno de todos modos, así que, como diría un viejo amigo mío, que me quiten lo bailado.

Pero la verdad... ni siquiera estoy seguro de haber bailado tanto.

Aquella noche no tenía nada de especial, y quizá por eso dolía más. Porque no había motivo, no había detonante, no había tragedia que señalar con el dedo y decir: «es por esto».

No.

Era simplemente ese peso constante, esa sensación de estar viviendo en automático, como si alguien hubiese bajado el volumen de todo menos de mi cabeza.

Salí a la calle sin pensarlo demasiado. A veces moverse es la única forma de no quedarse atrapado en uno mismo.

El aire estaba frío, pero no lo suficiente como para despejarme.
Las farolas iluminaban lo justo para no tropezar, pero no lo suficiente para sentirse acompañado. Supongo que el mundo también sabe cuándo dejarte solo.

Caminé sin rumbo.

Bueno... eso no es del todo cierto.

Uno siempre camina hacia algo, aunque no quiera reconocerlo.

Pasé por delante de un bar. Risas dentro. Ruido. Vida.

Me quedé unos segundos mirando desde fuera, como si estuviera viendo otra realidad que ya no me pertenecía.

Y fue en ese momento cuando lo sentí.

Esa división.

No era nueva, pero esa noche estaba más clara que nunca.

Una parte de mí quería entrar, pedir algo, reírme aunque fuera falso, intentar recordar lo que era sentirse normal.

La otra... la otra solo quería seguir caminando hasta desaparecer en alguna esquina donde nadie me encontrara.

Y ahí estaba yo.

En medio.

Como siempre.

Ni dentro.

Ni fuera.

Ni bien.

Ni mal.

Solo... suspendido.

—Eres un cobarde. —Pensé.

—O quizá estás cansado —respondió otra voz dentro de mí.

Sonará absurdo, pero juro que a veces no sé cuál de las dos soy yo.

Seguí caminando.

El suelo crujía bajo mis pasos como si incluso la calle supiera que estaba de paso, que no pertenecía a ningún sitio en concreto. Miré al cielo esperando encontrar algo, lo que fuera... pero ni siquiera las estrellas parecían querer decir nada esa noche.

Y entonces entendí algo.

No era el mundo el que estaba roto.

Era la forma en la que yo lo sentía.

Porque mientras algunos veían una noche tranquila, yo veía un campo de batalla silencioso donde cada pensamiento era un golpe.

Donde cada recuerdo era un arma.

Donde cada emoción... era un extremo.

Sonreí, pero no de alegría.

Más bien de reconocimiento.

—Así que esto es —murmuré—. Ser un arkángel.

No tener alas.

No tener poder.

No tener ninguna maldita grandeza.

Solo estar condenado a sentir demasiado.

Demasiado bien...

Y demasiado mal.

Y lo peor no es eso.

Lo peor es que, en el fondo, una parte de mí no quiere dejar de ser así.

Porque aunque duela...

Al menos significa que sigo sintiendo algo.

Y quizá... solo quizá...

Eso es lo único que me queda.

Bueno, aún me queda un vaso con un sonido único, el clinkineo de un hielo chocando con un cristal ya debilitado por tantos usos. El sonido de un chorro de coca cola en un manto de ron añejo, el crispado del gas encima de una nube del contraste de temperaturas.

Sí... lo sé... en mi pensamiento más metafórico y realista de mi mundo tan poco centrado el refugio del alcohol solo era una piedra más, pero qué más da si mi piedra mental ya era un ataúd en sí mismo.

Al menos... quizá... ese vaso de ese elixir tan deseado era una clara representación de que aún podía sentir más.

No empecé siendo más ciego al beber que Stevie Wonder, fueron los sucesos y como yo me los tomé los que hicieron que me volviera tan ciego como para caer en este desuso de mi mente madura, este autoboicoteo, esta autodestrucción.

Lo dejé... después de tener que ir al médico de la salud mental, también llamado por los simples humanos psicólogo, lo dejé, pero una tarde mientras plausiblemente esperaba el sueño del

mediodía llegó una vibración a mi ser, era el teléfono y una llamada no esperada y desde luego quebrantadora. Era esa persona que hizo aún más solitario mi corazón, que lanzó el órdago a esta soledad de dolor.

El nombre apareció en la pantalla como un eco del pasado que creía enterrado.

No hizo falta leerlo dos veces.

El cuerpo reacciona antes que la mente... y el mío se quedó completamente inmóvil.

El vaso seguía en mi mano.

El hielo ya casi derretido.

El sonido... ahora inexistente.

Silencio.

Ese tipo de silencio que no es ausencia de ruido, sino exceso de pensamientos.

—No —susurré.

Pero el teléfono seguía vibrando.

Insistente.

Como si supiera que esta vez no podía ignorarlo.

La llamada entrante no era solo una llamada.

Era un recuerdo.

Era una herida.

Era todo lo que había intentado enterrar bajo capas de alcohol, de excusas y de tiempo mal gestionado.

Y aun así... no descolgué... quizá fue miedo o quizá fue solo el temor a que ese fuera mi último puñal.

Solo supe consultar a alguien externo para que mi sobrepensamiento no sea el culpable de este desquicio de pensar, por ello proseguí a preguntar a ambas personas más de cercanía que eran Isona y María.

—Isona.

No tardó en responder.

—Dime.

Le envié la captura.

No hacía falta explicar demasiado.

—¿Por qué me llama? —Escribí.

La respuesta llegó rápido.

—¿Qué cojones?

—¿Aun bloqueada puede llamarte?

Miré la pantalla unos segundos antes de contestar.

—Creo que no la bloqueamos para llamadas.

Tres puntos.

Escribiendo...

—Será por el mismo rollo de siempre.

—No se lo has cogido, ¿no?

—No.

—¿Y si la bloqueas también de llamadas?

Suspiré.

—Es lo que tendría que hacer... pero lo que no entiendo es por qué me llama.

Hice una pausa.

—Igual me quiere felicitar... pero se ha equivocado de día.

Ni yo mismo me creía esa excusa.

—*I get it* —respondió—, pero no lo veo bien.

Sonreí sin ganas.

—No sé... casi me da algo cuando he visto que me estaba llamando.

—Es normal.

—Y has hecho bien en no cogerlo.

Otra pausa.

—También es normal que te rayes y quieras saber por qué... pero ella tiene que saber que no puede hacer eso.

Leí ese mensaje dos veces.

—Además —continuó—, ahora te estás recuperando de todo.

Ahí me quedé.

Quieto.

Leyendo esa frase como si no fuera conmigo.

—Ya... —Escribí—. Pero me da miedo que solo sea para remover más.

—No estoy como para que me tiren más tierra encima.

La respuesta fue inmediata.

—Exacto.

—Tú mismo lo has dicho.

Justo cuando Isona dijo la última frase comprendí que la razón es otro escalafón desprendido del ser humano.

El ser humano es ese quien a pesar de un todo existencial siempre intentará cambiar los detalles o hechos certeros con tal de que la situación tome correcciones a su ideal.

La charla con Isona fue bien, en cambio María, quien por suerte o desgracia me conoce ya de años y de demasiadas historias juntos, me describió más bien de otra forma como un puñetero y real migajero premium.

...Porque aunque duela...

Al menos significa que sigo sintiendo algo.

Y quizá... solo quizá...

Eso es lo único que me queda.

O al menos... eso creía.

Porque hay dolores que no llegan de golpe.

Llegan en cadena.

Como si alguien, o algo, decidiera probar hasta dónde aguantas antes de romperte.

Y yo tenía tres pilares.

No de sangre.

No de obligación.

De elección.

Mi familia elegida.

Y dicen que la sangre pesa... pero no siempre sostiene.

A veces quien realmente te sostiene es quien decide quedarse.
Y en mi caso...
Se fueron.
Primero fue ella.
No con una explosión.
No con un final digno de película.
Fue más bien como ver apagarse una luz poco a poco, sabiendo
que no puedes hacer nada para evitarlo.
Y lo peor no fue perderla...
Fue perder todo lo que yo era cuando estaba con ella.
Porque hay personas que no solo forman parte de tu vida...
Forman parte de tu identidad.
Y cuando se van...
No solo se llevan su presencia.
Se llevan versiones de ti que ya no vuelven.
Después vino él.
Mi mejor amigo.
Mi hermano sin apellido.
Ese con el que compartes silencios sin que pesen.
Ese que conoce tus peores versiones y aun así decide quedarse.
O eso creía.
Porque a veces no es que la gente se vaya...
Es que deja de elegirte.

Y eso duele más.
Porque no hay cierre.
No hay explicación.
Solo distancia.
Solo ese vacío raro donde antes había complicidad.
Y por último...
El golpe que terminó de romper la estructura.
Ellos.
La pareja que formaban.
La unión que, de alguna forma, también me sostenía a mí.
Porque cuando pierdes a dos personas que están conectadas
entre sí...
No pierdes dos.
Pierdes un mundo entero.
Pierdes planes.
Pierdes lugares.
Pierdes rutinas.
Pierdes la sensación de pertenecer a algo.
Y ahí entendí algo que nadie te explica:
La soledad no llega cuando no tienes a nadie.
Llega cuando pierdes a quienes sentías como hogar.
Y yo...
Perdí los tres.

No de golpe.

No de una vez.

Sino poco a poco...

Como si la vida estuviera jugando a quitar piezas de una torre hasta ver cuándo se caía.

Spoiler:

Se cayó.

Y yo con ella.

Porque no es solo que te quedes solo...

Es que te quedas sin testigos de quien eras.

Sin gente que recuerde tu versión feliz.

Sin nadie que pueda decir:

—Tú no eras así.

Y entonces te miras...

Y no te reconoces.

Y ahí...

Ahí es donde el arkángel deja de ser una metáfora bonita.

Y se convierte en una condena.

Porque ya no estás dividido entre el bien y el mal...

Estás dividido entre lo que fuiste...

Y lo que queda de ti.

Y si todo eso no fuera suficiente, había otra guerra que no se veía desde fuera, una más silenciosa, más íntima, más difícil de explicar incluso para mí mismo, porque no tenía forma

clara ni principio definido, solo una sensación constante de no encajar del todo en el molde que el mundo esperaba. Siempre he sentido que mi identidad no era una línea recta, sino un bucle, una espiral que daba vueltas sobre sí misma, como si hubiera vivido varias vidas dentro de una sola, como si en mí convivieran versiones que no terminaban de ponerse de acuerdo: fui hombre, después mujer, y después volví a ser hombre, no como una decisión caprichosa sino como un intento desesperado de encontrar un lugar donde respirar sin sentirme ajeno a mi propio reflejo. Fue una transición, sí, pero también fue un viaje, una especie de migración interna donde el cuerpo era solo la frontera visible de algo mucho más profundo. Porque la identidad no es solo lo que eres, sino también lo que te permiten ser, y ahí es donde empieza el verdadero conflicto. La sociedad no observa, clasifica; no escucha, etiqueta; no acompaña, señala. Y cuando no encajas en lo normativo, cuando tu existencia no sigue el guion esperado, te conviertes en una anomalía que otros intentan corregir con palabras, miradas o silencios. Es como si te colocaran constantemente frente a un espejo que no refleja quién eres, sino quién deberías ser. Y eso desgasta. Porque llega un punto en el que ya no sabes si te estás construyendo o si simplemente estás reaccionando a lo que el mundo espera de ti. Y ahí nace el miedo. No el miedo a ser, sino el miedo a no haber sido nunca suficiente para ese concepto rígido de normalidad que te rodea. El miedo a que todo lo que has sido —todas esas versiones, todas esas transiciones— no sean vistas como un proceso, sino como un error. Como si tu vida fuera un borrador mal escrito que otros se empeñan en corregir. Y en medio de todo eso, te preguntas si alguna vez fuiste «normativo», si alguna vez encajaste, si hubo un momento en el que no eras cuestionado, observado o interpretado. Pero la respuesta, aunque duela, es clara: nunca. Porque ser arkángel

no es solo vivir entre la luz y la oscuridad... es también vivir entre lo que fuiste, lo que eres y lo que el mundo insiste en que deberías haber sido. Y esa frontera, esa tierra de nadie donde no hay etiquetas que encajen del todo, es probablemente el lugar más solitario que existe.

Y aun así... ahí seguía, con el móvil en la mano, como si sostuviera no un objeto, sino un fragmento de tiempo encapsulado, una reliquia de lo que fui, de lo que fuimos, de lo que ya no era. La pantalla iluminaba lo justo, como esas velas que no sirven para alumbrar, sino para recordar que la oscuridad está ahí, esperando. Y en ese brillo tenue entendí que no estaba leyendo un chat, estaba contemplando ruinas, como quien camina por las columnas caídas de una antigua civilización creyendo que, si mira lo suficiente, podrá reconstruirla. Pero no. Hay estructuras que no se reconstruyen. Solo se estudian. Solo se aceptan. Solo se dejan atrás.

Deslicé el dedo una última vez.

Arriba.

Abajo.

Nada nuevo.

Nunca hay nada nuevo en el pasado.

Solo repetición.

Solo eco.

Solo ese bucle que se parece demasiado a lo que Sísifo estaba condenado a hacer, empujar una piedra que siempre vuelve a caer, una y otra vez, sin final, sin redención, sin sentido aparente. Y ahí estaba yo, empujando conversaciones muertas, intentando encontrar significado donde solo quedaba desgaste.

Gente que llega.

Gente que promete.

Gente que se queda... un tiempo.

Gente que se va.

Siempre.

Siempre.

Siempre.

Como si mi vida fuera un puerto y no un hogar.

Como si yo fuera tránsito y no destino.

Y no es una tragedia puntual.

Es un patrón.

Una coreografía invisible donde todos parecen conocer los pasos menos yo.

Llegan.

Se acercan.

Conectan.

Prometen.

Se rompen.

Se van.

Y yo...

Yo me quedo recogiendo los restos, como si fuera el encargado de limpiar después de una guerra que nunca decidí empezar.

Porque el problema no es que se vayan.

El problema es lo que se llevan.

Se llevan versiones de mí.

Se llevan formas de sentir.

Se llevan partes que no vuelven.

Y uno no se da cuenta hasta que se mira y ya no reconoce lo que queda.

Como diría Friedrich Nietzsche, quien mira largo tiempo al abismo acaba viendo cómo el abismo le devuelve la mirada... y yo no sé en qué momento dejé de mirar para empezar a formar parte de él.

Silencio.

Respirar.

Sentir el peso.

No de la situación.

De la repetición.

Porque no duele solo lo que pasó.

Duele que vuelva a pasar.

Duele que siempre termine igual.

Duele que no aprenda... o que aprenda demasiado tarde.

Y ahí es donde algo dentro de mí se quiebra de otra forma.

No con ruido.

No con drama.

Sino con una lucidez fría.

Peligrosa.

Clara.